

EL MUNDO

DEL SIGLO VEINTIUNO

AÑO V NUMERO 1.352 PRECIO: 100 PTS.

TEATRO

MADRID / Espectáculo

MADRID, LUNES 19 DE JULIO DE 1993

El sexo como acceso a lo telúrico

Albert Vidal ofrece en el Teatro Alfil sus «Variaciones eróticas»

Un día, no hace mucho, llegó a Madrid; era el gran Goldi, director en realidad de una modesta compañía de variedades que se presentaba en el Teatro Alfil. Pero una noche se descubrió: soy Albert Vidal y éstas son mis «Variaciones eróticas», la síntesis de una larga incursión en el averno.

ELENA PITA

SOBRE la base del erotismo y la energía, este actor, dramaturgo y más que nada investigador de escena, presenta al público el tortuoso camino que el ser, surgido del interior de la Tierra, ha de atravesar para llegar al conocimiento y la luz: «Bienvenidos a los recodos crepusculares del laberinto».

Vidal cuenta que su trabajo (o mejor su intuición) se mueve en arcos creadores de siete años. Hace entonces cinco que creó *Alma de serpiente*, el origen de lo que ahora presenta. «Acababa de llegar de la Documenta de Kassel y lo único que me apetecía era enterrarme». Movido, como siempre, por su intuición, viajó al desierto nigeriano del Sahel de donde trajo tres toneladas de tierra naranja o amarilla. Se ocultó bajo su peso, del que a continuación, al son de tambores cristianos, surgió un ser que deambularía por los escenarios (Sevilla, Madrid, Barcelona...) expiando los pecados de los hombres. «Entonces inicié la escritura de un mito que se estrenó en el Festival de Bayona (*Mundo, demonio y carne*, 1991), los tres elementos que encuentra la serpiente al salir de la Tierra». Presentados los elementos, por delante quedaba un doloroso camino: Albert Vidal, serpiente que ha de superar las tres pruebas, se sumerge en los infiernos.

Fermento de carromato

A la luz del conocimiento y la vida, el ser atraviesa el abismo: «Recurrí a un género que había prácticamente desaparecido, las variedades, en el que curiosamente descubro el discurso de más alta estilización de todo el teatro español, el que más se asemeja a la ópera china. Me interesa este teatro despreciado por la cultura». Pero con ello, dice Vidal, «no descubro nada nuevo: Charles Rives, Chaplin, Totó, los surrealistas, los dadaístas... todos ellos recurrieron o surgieron de este fermento que crece en los carromatos».

Variaciones eróticas, el túnel crepuscular, culmina con una escena en el gabinete del doctor Mabuse: la fusión de Eros y Tánatos. Como todas las obras de Vidal, la experiencia vital subyace en esta unión universal de amor y muerte, sexo y más allá: «Durante más de tres meses conviví con el cadáver de

una gacela que, encerrado en una urna, yacía junto a mi cama. La descomposición de su cuerpo, unida al olor de los flujos vaginales y del semen, hicieron posibles reflexiones muy profundas de la vida: a partir de ahí entendí el sexo como algo sagrado; el sexo como acceso telúrico y espiritual».

Recorrido el camino intermedio en el que ahora se encuentra, la serpiente hallará el nenúfar y buscará su amor. «De la unión de ambas energías (serpiente y nenúfar) surgirá el príncipe, que significa una nueva 'Weltanschauung', una nueva actitud existencial ante la vida». Y ésta será la gran ópera telúrica hacia la que finalmente se dirigen estos siete años de trabajo de Albert Vidal.

En un triángulo

«Soy un descubridor de fuentes, luego vienen los que venden el agua mineral». El actor catalán vive inmerso en un triángulo entre cuyos vértices se mueve aprendiendo el conocimiento que le conducirá al advenimiento del príncipe: en el Tibet descubre el arte telúrico anterior al budismo; en Níger, entre las tribus bororos («nómadas que portan la memoria más antigua de la humanidad»), descubre la energía del nenúfar, la flor que nace en los oasis, y la capacidad de seducción del hombre exenta del menor grado de violencia; finalmente, en Alaska se aproxima a la fuerza terrenal que sujeta a los pueblos esquimales.

Empapado de la sabiduría de la Tierra, regresa Albert Vidal a su refugio (laboratorio) en un remoto rincón del Pirineo catalán. Allí vive encerrado entre murallas del siglo IX, «en perfecta armonía con los fantasmas que las habitan» y confiada su suerte a una diosa de escyola («la pastorcita») que encontró en los escombros de lo que antes no era una casa. A su amparo, la puerta de Albert Vidal queda abierta cuando el ilusionista duerme: «Allí no tengo miedo a nada».

Nada teme quien convive y aprende de lo que muchos llaman «el mal»: «Yo no considero al demonio un ser maligno. Lo que la mayoría (las multinacionales del espíritu) identifica con el diablo, no son más que las fuerzas de la Tierra, comprendidas y veneradas por los animistas. Si alguien ve el mal en estos espíritus es porque no alcanza a tener más que una visión torcida de la energía del Planeta».

Monje del arte («compadezco a aquellos que llevan suelas desgastadas de andar por ciertos pasillos»), devoto del caos, Albert Vidal deambula y crea en perpetua búsqueda de la esencia de la Tierra: «Cuando te adentras en ella, las limitaciones se desvanecen»: se alumbra la libertad.